

Libélula

ENRIC BALASCH

Libélula



© 2008, Enric Balasch Blanch

Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria

© De esta edición: 2009, Santillana Ediciones Generales, S. L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60

Telefax 91 744 92 24

www.sumadeletras.com

Ilustración de cubierta: Opal Works

Primera edición: noviembre de 2009

ISBN: 978-84-8365-108-7

Depósito legal: M-23.899-2009

Impreso en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A. (Fuenlabrada, Madrid)

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

A Juan Carlos Bermúdez García, in memórium.

*Buscando mis amores
iré por esos montes y riberas;
ni cogeré las flores
ni temeré a las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.*

San Juan de la Cruz

Ninguna mujer se ha perdido sin la ayuda de un hombre.

Abraham Lincoln

*Las palabras del historiador del Señor
son heridas infligidas al diablo.*

Flavio Casiodoro

Capítulo

1

Camino del Ayuntamiento sentía la misma excitación e incertidumbre que la madrugada de un lejano día de enero de 1969. Aquel día, vestido de civil, con un petate al hombro y un salvoconducto en el bolsillo, tomó el primero de un sinfín de autocares y trenes que le llevaron de Guijo de Gredos a Plasencia, de Plasencia a Cáceres, de Cáceres a Madrid y de Madrid a Algeciras para embarcar en el transbordador de Melilla y alistarse como voluntario en el Tercio de Extranjeros con base en El Aaiún. Había sido la gran hazaña de su vida, de lo único que se mostraba orgulloso, y comparaba todas las situaciones con su heroica marcha voluntaria, sus días de espera en Madrid, su llegada al acuartelamiento sahariano, la disciplina militar, la bazofia que les servían de comida... Los días de servicio a la Patria se habían convertido en sus únicas vivencias dignas de ser recordadas.

Recorría con premura las calles solitarias de su pueblo natal, el corazón en un puño, rumiando qué le depararía la llamada que minutos antes le había hecho el alcalde para citarle de urgencia en su despacho. Apretó el paso, la zamarra ceñida al cuerpo, el gorro de lana a la cabeza y los guantes en

las manos. El aire frío y acanalado, que descendía del cerro del Salvador por estrechas gargantas, le cortaba la cara y afilaba los carámbanos que colgaban amenazadores de canalones y aleros. De trecho en trecho detenía el paso y pateaba el suelo para recobrar el tacto en los dedos de los pies. Hacía años que no padecían un invierno tan crudo. Casi dos metros de nieve tapizaban las laderas de los montes. Nieve en polvo, esponjosa, que al calor del tímido sol del mediodía provocaba aludes que arrastraban rocas, árboles y cascajos hacia los barrancos más profundos. Añoraba muchas cosas de sus años de juventud, entre ellas el sol tórrido del desierto.

La ventisca arrancaba la nieve de las cumbres más altas de Gredos y la depositaba en los rincones de vientos arremolinados. La noche cerrada de cielo y sin luna olía a leña quemada, a resina, a calor de hogar. «En invierno debería haber toque de queda», pensó malhumorado, con las mejillas congeladas, convertidas en acericos de agujas de hielo. Sobre la mesa había dejado una sopa de ajo con chorizo y una succulenta tortilla de patata y cebolla preparadas para la cena. «¿Ahora mismo?», le preguntó extrañado por la premura del reclamo, y el señor alcalde le instó desde el otro lado del hilo telefónico: «Sí, ahora, ahora mismo». ¿Qué ocurría? Arrastraba un pleito de lindes con su vecino de prados, y de tarde en tarde intercambiaban una tanda de improperios en el bar donde se reunían para beber vino de pitarra y comer jamón ibérico de bellota criado y engordado en montanera. Pero la sangre nunca llegaba al río.

Al enfilar la explanada que delimitaba la plaza Mayor, presidida por una picota medieval y su perímetro cerrado por dos hileras de soportales, la sobria fachada de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño y el edificio neoclásico de la alcaldía, construido en los años cuarenta al segregarse Guijo de

Gredos de Guijo de Santa Bárbara, escuchó los dos tañidos graves de cuarto de hora que lanzaba al viento helado la campana del reloj consistorial. Levantó la mirada hacia la esfera luminosa, elevada sobre el friso de la portada por una torrecilla de hierro, y vio luz en el despacho del señor alcalde.

Al llegar a la puerta de madera claveteada, con dos cabezas de grifos convertidas en aldabas, se detuvo para buscar el timbre, pero oyó un leve chirriar de bisagras y la voz del pregonero, conserje, electricista municipal y recaudador de tasas menores, que le instaba a entrar.

—¡Joder, Joaquín! ¿Cómo has tardado tanto? —protestó aterido de frío—. Tengo los pies como el gorro de un esquimal.

—Negro me tienen con sacarme de casa a estas horas —dijo enfadado—. ¿Sabes qué ocurre?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. El alcalde me llamó a las nueve y me pidió que abriera el consistorio, que esperaba gente. Y aquí me tienes, más tieso que el palillo de un polo.

—¿Quién hay arriba? —preguntó Joaquín, y observó la escalera.

—En pocas palabras, el señor alcalde, el sargento de la Benemérita, el párroco y el cofrade mayor. —El pregonero meneó la cabeza y añadió—: A reunión de pastores, oveja muerta.

—¿Esperan a alguien más?

—Creo que no.

—Subamos a desenmarañar el misterio —dijo Joaquín, decidido a regresar a casa antes de que se enfriase su sopa de ajo.

Se quitó el gorro de lana y los guantes, los guardó en los bolsillos de la zamarra y subió la escalera de peldaños de gra-

nito, barandilla de tracerías neogóticas y pasamanos de roble barnizado. Accedió al pasillo que distribuía las diferentes estancias y oyó las voces acaloradas de los reunidos. El pregonero golpeó con los nudillos la puerta del despacho y la conversación se interrumpió de repente.

—¿Da usted su permiso, señor alcalde?

—Adelante —autorizó cordial, y gesticuló para que ambos entraran—. Te estábamos esperando, Joaquín.

—He venido en cuanto he podido.

—Lo sé, lo sé...

—¿Sigo de vigilante, señor alcalde? —dudó el pregonero municipal con las palmas de las manos extendidas frente a la salamandra que calentaba el despacho.

—No espero a nadie más. Puedes irte a casa, y al salir no olvides cerrar la puerta.

—A mandar, jefe.

—Sentémonos —sugirió el alcalde al quedar los cinco a solas—. El asunto que vamos a tratar requiere calma y unos vasitos de vino para aclarar las ideas. ¿Le parece bien, padre Jovellanos?

—Si el vino no fuese el mejor estímulo de la inteligencia —aseguró con autoridad y una leve mirada al techo—, Nuestro Señor jamás lo hubiese convertido en sangre de su sangre durante la eucaristía.

—Sargento Navarro —le pidió el alcalde al guardia civil—, reparta los catavinos de esa alacena y sirva unos *calambrazos* de la botella de Eléctrico que guardo en la neverita de cámping.

—Eléctrico... —susurró el cura—, un vino exquisito.

—Supongo —dijo Joaquín al alcalde— que no me has levantado de la mesa sólo para tomar unas copas de fino, por bueno que sea.

—Desde luego —le contestó ofendido—. Ha ocurrido algo muy grave y precisamos tu colaboración.

Mientras el sargento Ricardo Navarro servía las copitas de fino, Joaquín echó una mirada a sus contertulios. El cofrade mayor de la Circuncisión de Jesús tenía cara de pocos amigos. La preocupación se esculpía con surcos profundos en su rostro. Ganadero, como la mayoría en el pueblo, gozaba de una buena posición económica gracias a la industria de la leche, y social por su entrega a la cofradía, que contaba con numerosos socios en la comarca de la Vera.

El sargento Ricardo Navarro, algo cheposo y de brazos largos, parecía más relajado, aunque quizá su percepción fuese errónea y sólo se debiera al hecho de verle vestido de civil, sin el uniforme y el tricornio acharolado en la cabeza. El sargento personificaba la autoridad policial en Guijo de Gredos y desde su cuartel controlaba la práctica totalidad de la serranía. A su cargo estaba la vigilancia del Parque Regional, el control de los accesos durante las avalanchas veraniegas, la persecución de los pirómanos empeñados en calcinar año tras año hectáreas de bosque, el cumplimiento de las leyes de caza, pesca y ganadería, las operaciones de búsqueda de excursionistas perdidos en la niebla o atrapados por la nieve en los refugios de montaña. Vivía en la casa cuartel, sin mujer ni hijos, sin amantes declaradas, y con un pasado desconocido, porque no había nacido en el pueblo, aunque llevaba muchos años en su puesto.

El padre Pascual Jovellanos también demostraba su preocupación. Vestía sotana y boina, y a su edad todavía gozaba de una vitalidad envidiable que le llevaba a desafiar, al volante de su Renault-4L, las inclemencias del tiempo para impartir la extremaunción a los moribundos de los caseríos más apartados. Respetado y querido por ateos y practicantes, debido a su tole-

rancia, sentía nostalgia de las procesiones de Semana Santa en que participaban todos los vecinos del valle.

Por último, sentado frente a su mesa, el alcalde meditaba en silencio, con el catavinos en la mano mientras contemplaba el líquido dorado como el filatelista el matasellos de una carta. No pertenecía a ningún partido, ni de derechas ni de izquierdas, pero su mente abierta y voluntad de consenso le hacían candidato de la izquierda social guijeña al llegar las elecciones municipales. El éxito de su política radicaba en la cercanía a la gente, en afrontar los problemas vecinales con la comprensión y firmeza que exigía el cargo. Tenía su despacho abierto a todos los vecinos que desearan entrar a exponer sus quejas, y nunca dejaba de escucharles, de preocuparse por sus familias y de buscar soluciones a sus problemas. El bienestar de sus convecinos le desvelaba noches enteras, y en la década de los ochenta, al amenazar Guijo de Gredos con la despoblación y el abandono, se puso al frente de la rehabilitación de casas, mejoró de su propio bolsillo el tendido eléctrico para evitar apagones, pugnó por conseguir un repetidor de televisión, reclamó al Ministerio de Obras Públicas el asfaltado de la carretera de acceso, pleiteó con la compañía Telefónica para conseguir más líneas, dio facilidades para que nuevos vecinos se empadronaran en el pueblo, y poco a poco los veinte habitantes de Guijo de Gredos se convirtieron en los casi doscientos que registraba el censo en la actualidad.

Bebieron en silencio unos tragos, a la espera de que alguien pronunciase la primera palabra, pero nadie se decidía porque nadie sabía cómo exponer al recién llegado el motivo de su presencia en la reunión. El alcalde inspiró, levantó el catavinos a la altura de sus ojos y propuso un brindis. Luego carraspeó dispuesto a hablar y sólo lo hizo para pasarle la responsabilidad al padre Jovellanos.

—Creo —dijo el alcalde para romper el hielo— que le corresponde a usted exponer la situación al ser quien mejor conoce los hechos.

—Sí, sí..., cómo no... —balbució e intentó ganar tiempo con traguitos de vino pausados. Se puso de pie, caminó hacia la estufa de leña, se quitó un segundo la boina para rascarse la cabeza y arrancó—: El día dos de enero, como todos ustedes saben, se celebró la fiesta de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo y la subsiguiente procesión del Santo Prepucio que organiza la Cofradía de la Circuncisión de Jesús, cuyo cofrade mayor, aquí presente, tiene el honor de presidir y portar la santa reliquia que se venera en la parroquia. Pero este año muchos vecinos echaron en falta la presencia del relicario... —Apuró de un trago el poco vino que le quedaba, hizo acopio de valor y soltó—: Porque dos semanas antes unos desalmados lo robaron. ¡Dios bendito! —exclamó contrariado, y tomó asiento abatido por su corto monólogo.

—Así es —irrumpió el alcalde con voz grave—. En cuanto nuestro párroco echó en falta el Santo Prepucio acudió a mí. Llamé al sargento Navarro y al cofrade y decidimos, los cuatro aquí reunidos, no hacer público el robo para evitar la alarma general y el desánimo de nuestros convecinos a la espera de que una rápida y pronta intervención de las fuerzas del orden recuperara la reliquia y zanjara el asunto. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos y pasados quince días el Santo Prepucio sigue sin aparecer.

—Para evitar recelos —continuó el padre Jovellanos— durante el sermón del domingo dije a los feligreses que técnicos del Patrimonio Nacional habían retirado el relicario del Santo Prepucio para restaurarlo, y en su lugar coloqué la fotografía a tamaño natural que portó el cofrade mayor durante la procesión.

—Muy interesante —dijo Joaquín—, pero ¿qué pinto yo en este asunto? Si alguien ha robado la reliquia lo siento, aunque, para ser sincero, en mi condición de ateo en el fondo me importa un bledo.

—Debería importarte —subrayó el cofrade enojado—. Ateo o no, el Santo Prepucio constituye el principal reclamo turístico del pueblo, y gracias a los cientos de visitantes que acuden los fines de semana a verlo vivimos muchas familias. Si corre la voz de que la reliquia ha desaparecido, adiós negocios, adiós bares, restaurantes, pastelerías, tiendas de suvenires... Y eso también te incumbe a ti. —Hizo una breve pausa y le increpó—: ¿A quién vendes la leche de tus vacas?

—A una central lechera.

—Otros —argumentó el cofrade contrariado por su respuesta— la venden a los bares y restaurantes del pueblo, o a los fabricantes de quesos, y los quesos también los compran los forasteros que vienen de turismo para contemplar la santa reliquia. Si deja de acudir gente, se rompe la cadena y Guijo de Gredos se hunde en la miseria. Los bares cierran, los restaurantes cierran, las casas de turismo rural cierran, las queserías cierran... ¿Lo entiendes?

—No me incumbe —recalcó Joaquín con notable indiferencia ante el problema—. Si dejan de venir los guiris mejor que mejor porque a veces suben hasta el prado de la Festuca y se lían a pedradas con mis vacas, las espantan monte arriba y luego tengo que subir a buscarlas, o aparcan los coches tan pegados a la puerta de mi casa que ni siquiera me dejan espacio para entrar o salir.

—Vamos, Joaquín —intervino el alcalde conciliador—, un poco de solidaridad, que la vida es un toma y daca. ¿Vas a negar tu colaboración a los vecinos, a tus amigos de toda la vida?

Hasta aquel momento nadie le había explicado a Joaquín qué hacía sentado en una silla del despacho consistorial, al rayar de la medianoche, con el estómago vacío, los pies como la escarcha, escuchando una noticia que le dejaba por completo indiferente.

—Está bien. ¿Qué pretendéis de mí? —preguntó Joaquín por educación—. ¿Dinero para una colecta? No se hable más. Decidme la cantidad y mañana a primera hora la ingreso. Y ahora —dijo con intención de levantarse— voy a comerme mi sopa de ajo.

—Espera, hombre, espera —le retuvo el alcalde—. No tan deprisa, que nadie quiere dinero. ¡Si por dinero fuese el consistorio correría con los gastos!

—¿Entonces de qué hablamos? —insistió desorientado, sin saber qué deseaban las fuerzas vivas del pueblo de un simple ganadero.

El sargento Navarro, que había seguido la charla en absoluto silencio, se levantó de la silla e, inclinado sobre la mesa, acentuó su porte de orangután, con la espalda encorvada, la chepa marcada bajo la tela de la americana y los brazos ligeramente arqueados. King Kong en el Empire State Building. De todas las versiones de *King Kong*, Joaquín sólo salvaría la cinta de Merian Caldwell Cooper y Ernest Beaumont Schoedsack. El sargento se miró en el reflejo del vino que todavía quedaba en su copa sin reconocerse. Por primera vez en cuarenta años no llevaba el tricornio estando de servicio.

—El responsable de que estés aquí sentado —afirmó el sargento Navarro para exonerar de culpa a sus contertulios— soy yo. ¿Quieres saber por qué?

—Nada deseo más esta noche —admitió Joaquín inquieto.

El sargento dio media vuelta, caminó hacia la salida y del perchero que había junto a la puerta cogió un zurrón de piel, testigo mudo y compañero inseparable de muchas patrullas colgado de su hombro. Extrajo una carpeta con el escudo de la Benemérita y barajó unos folios.

—Tu historial militar dice que serviste en la Legión...

—Nunca lo he ocultado —convino Joaquín extrañado—. Todo el mundo lo sabe.

—Lo que nadie sabe —atacó el sargento Navarro— es que realizaste labores de información durante tu permanencia en el Tercio.

—Es cierto —afirmó—. Formaba parte del servicio. Órdenes son órdenes.

—¿Puedes concretar? —le pidió con una sonrisa malévola.

—La situación en el Sáhara era bastante complicada —expuso Joaquín sin comprender el interés repentino por sus días de legionario— y para garantizar la seguridad de nuestros campamentos y acuartelamientos había que infiltrarse y recabar información sensible. El capitán Alberto Soriano solicitaba voluntarios para el servicio y todos los miembros de la compañía dábamos un paso al frente. Por razones que desconozco siempre me elegía a mí y a dos o tres más.

—Ya..., ya... —musitó el sargento Navarro, con el pensamiento en otro lado.

—Nuestra compañía —les explicó Joaquín— tenía encomendada la vigilancia de las fronteras del norte y centro del Sáhara Occidental, de las provincias de Bojador, El Aaiún y Smara. Desde que en 1967 la ONU recomendó iniciar el proceso de autodeterminación, rebeldes mauritanos, marroquíes y argelinos realizaban incursiones para hostigarnos y quebrar nuestra moral. Pero un legionario es un legionario y tiene

más cojones que mil moros juntos, y allí nadie se asustaba ante aquellos desarrapados y su frenético lelilí. Los enfrentamientos fueron constantes. El Tercio —manifestó orgulloso— dio su sangre por defender la tierra española, como en los enfrentamientos de Ifni de 1957 y 1958, en que sufrimos más de sesenta bajas.

—Descansen en paz —susurró el padre Jovellanos con una discreta bendición.

—¿Dónde recababais información? —insistió el sargento Navarro, de pie junto a la silla del alcalde.

—En muchos lugares, incluidos los prostíbulos —confesó Joaquín—. En El Aaiún había poco que rascar, todo el mundo se conocía y las únicas que entraban y salían con cierta impunidad y poseían noticias frescas eran las prostitutas. Cada semana un voluntario recorría los lupanares de El Aaiún a Villa Cisneros y sonsacaba información a las chicas. Algunas tenían familiares entre los rebeldes y confesaban sus intenciones con la única esperanza de que la presencia de los soldados les hiciera desistir de realizar un sabotaje o emprenderla a tiros con una patrulla, porque un legionario donde pone el ojo pone la bala. La Legión sufrió algunas bajas, pero los moros cayeron como moscas. Otras veces largaban sobre el contrabando de grifa a la Península y entonces telegrafiábamos a la Guardia Civil de Ceuta o Melilla y les trincaban con las manos en la masa al coger el transbordador.

—Estaba en lo cierto —atajó el sargento Navarro para reconducir la charla a su terreno.

—Hice labores de información, ¿y qué? —espetó Joaquín sin sospechar sus intenciones—. No es ningún delito. El Sáhara Español ya es historia. Aquellos tiempos se acabaron.

—Para ti no —gruñó el guardia civil.

—¿De qué me habla?

—De tus dotes para investigar, de servir de nuevo a la Patria.

—Ya cumplí con mi deber —masculló Joaquín atónito.

—Venga, venga... —intercedió el alcalde para serenar los ánimos—. Un poco de calma, que se presenta una noche larga. Sargento Navarro —le ordenó—, sirva otra ronda de Eléctrico, que el alcohol temple los nervios.

El sargento de la Guardia Civil obedeció sumiso y llenó de nuevo los catavinos. El alcalde se levantó de su sillón de piel de cabritilla y avivó el fuego de la salamandra con dos gruesas astillas de pino. Los pinares, en otras épocas puntales de la industria de la miera, se habían abandonado y muchos vecinos, que antes sangraban sus bosques para obtener la preciada resina, los talaban y convertían en leña.

—Voy a decírtelo de una forma clara y concisa —planteó el alcalde a Joaquín, mirándole a los ojos—. Como máximas autoridades de Guijo de Gredos solicitamos oficialmente tu colaboración para recuperar el Santo Prepucio.

—¿Os habéis vuelto locos?

—Suenan raro —advirtió el padre Jovellanos—. Las fuerzas del orden no avanzan en la investigación y, tras debatir horas y horas la conveniencia de iniciar nuestras propias pesquisas, hemos llegado a la conclusión de que sólo tú estás capacitado debido a la susodicha experiencia militar.

—Ni hablar.

—Debes hacerlo, Joaquín —insistió el alcalde en tono imperativo—. Está en juego el futuro de nuestro pueblo, el pueblo de tus padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

—Que investigue el sargento Navarro —propuso Joaquín sin comprender nada—. Al fin y al cabo ostenta la autoridad.

—No puede —arguyó el alcalde—. Las ordenanzas militares de la Benemérita impiden a sus miembros indagar por

cuenta propia, fuera del protocolo de tan noble institución, y si quebrase la norma y Asuntos Internos le descubriese pondría en peligro su permanencia en la Guardia Civil.

—Os advertí —bufó el cofrade— que no debíamos confiar en un ateo.

—Escucha, Joaquín —argumentó el alcalde para convencerle—. El consistorio correrá con los gastos. Te entregaré seis mil euros, y si recuperas la reliquia de las arcas municipales saldrán otros treinta mil, cinco millones de las antiguas pesetas —le aclaró—, para recompensarte. Libres de impuestos. ¿Qué me dices?

—No puedo aceptar.

—Déjeme probar a mí, señor alcalde —solicitó el sargento Navarro con un triunfo en la manga. Cogió el zurrón de piel, buscó algo en su interior y dejó sobre la mesa tres cartuchos de caza vacíos—. ¿Los reconoces?

—¿Debería? —inquirió Joaquín.

—Apuesto a que sí —lanzó el sargento en tono de reto—. Son cartuchos del calibre doce cargados con postas para jabalíes que el Seprona recogió en el calvero de la Serrana, junto a dos lobos muertos.

—Algún furtivo.

—Puede, puede... —titubeó el sargento Navarro—. Pero me juego la paga de un año a que si entrego a los compañeros de balística de Cáceres tu escopeta sus marcas de percusión coincidirán con las de estos pistones —determinó con aplomo, y señaló los cartuchos—. Matar especies protegidas acarrea penas de cárcel. ¿Lo sabes?

—¿Qué importan dos lobos más o menos?

—A mí nada —intervino el alcalde sin ninguna simpatía por los bichos—. Pero a los conservacionistas de la Consejería de Medioambiente de la Junta de Extremadura se les pon-

drán los pelos como escarpías y se tirarán a tu yugular igual que vampiros.

—Yo tampoco simpatizo con esas alimañas —confesó solidario el cofrade—. A ningún ganadero le agrada que sus rebaños compartan el monte con semejantes bestias. Recuerda que los ayuntamientos de la sierra firmaron un acuerdo de colaboración para proteger a la especie, y si algún lobo se come una vaca, cabra u oveja, se abona una indemnización.

—Hace un año destrozaron a dos de mis vacas —replió Joaquín indignado—, rellené un sinfín de formularios, me visitaron en varias ocasiones los técnicos de la Consejería de Medioambiente, y unos meses después determinaron que carecían de elementos de juicio para certificar que la muerte de las reses la hubiese provocado un ataque de los lobos. ¡Pandilla de ineptos! ¡Estaban hechas picadillo!

—Joaquín —dijo el padre Jovellanos con voz aterciopeada—, puedo comprender tu enfado, pero de ninguna manera justifica que te tomes la justicia por tu mano.

—La ley del talión, padre —puntualizó Joaquín—. Ojo por ojo y diente por diente...

—Sí, sí —replió el cura—, pero nunca olvides que juezes tiene el Señor.

—¡Ni jueces ni porras! —bramó el sargento Navarro, y golpeó la mesa con la palma de la mano—. Lías el petate y marchas a Madrid en busca de la reliquia o esta misma noche redacto un informe para el Seprona y la Consejería de Medioambiente y mañana duermes en la treña.

—Por favor, entra en razón —le rogó el alcalde en tono paternal—. El sargento está enfadado porque sus colegas de la brigadilla de Plasencia, encargados de la investigación, no se toman demasiado interés. Ni siquiera se han dignado comunicar el robo a la Brigada de Patrimonio Histórico.

—Carecen de pistas —adujo el sargento de la Guardia Civil en defensa de sus compañeros—. Están en dique seco, en un callejón sin salida. Sólo cabe esperar a que los ladrones pongan la reliquia en circulación. Aunque sabemos que este tipo de delincuentes deja pasar mucho tiempo antes de intentar vender la pieza y para entonces la ruina ya se habrá cebado en el pueblo.

—Hijo —musitó el cura, y suplicó a Joaquín—: Hazlo aunque sólo sea por la memoria de tu madre, que en gloria esté, y su devoción por el Santo Prepucio.

—¿Por qué a Madrid, y no a Barcelona o Bilbao? —preguntó Joaquín de sopetón.

—¿Aceptas el encargo? —dudó el alcalde con la boca pequeña.

—Sólo siento curiosidad —se apresuró a responder para no dar lugar a malentendidos—. El recuerdo de mi madre en boca del padre Jovellanos me ha tocado la fibra sensible. Era devota del Santo Prepucio, camarera de la cofradía, y rezaba todos los días delante de la reliquia. Hiciese frío o calor, nunca dejó de orar ante el Santo Prepucio.

—Tenemos una pequeña pista que conduce a Madrid —dijo el alcalde para responder a su pregunta.

—Calle, señor alcalde —le interrumpió el sargento Navarro—, hasta que demuestre su lealtad. No vaya a ser compinche del robo.

—¡Retira eso, picoletto de mierda —gritó Joaquín, y se levantó de golpe con las venas del cuello hinchadas—, o te pego dos tiros como a los lobos!

—¿Tú y cuántos más? —le desafió el sargento Navarro. Hizo amago de llevarse la mano a la cintura, en busca de su pistola, pero recordó que vestía de civil—. Voy a meterte un puro que nunca lo vas a olvidar —le amenazó apuntándole con un dedo, y guardó los cartuchos en el zurrón.

—¡Silencio! —ordenó el alcalde para imponer su autoridad.

—Me las pagarás —sentenció el sargento Navarro y se besó el nudillo del dedo pulgar, que formaba una cruz con el índice.

—¡Ya me ha oído! —le llamó el alcalde al orden—. Y tú, Joaquín, serénate, que no está el horno para bollos. Hace tres días, al retirar la mujer de la limpieza el paño que cubre el altar de la capilla del Santo Prepucio encontró una insignia. Por el lugar del hallazgo, recóndito y de difícil acceso, sospechamos que pertenece al ladrón y que la extravió durante el robo. ¿La trae consigo, padre?

—En mi bolsillo —afirmó al tiempo que la sacaba.

—Mira el reverso —pidió el alcalde a Joaquín—. ¿Qué lees?

—Casa Llobet, Madrid —musitó con dificultad ante unas letras diminutas.

—Es la única pista de que disponemos —declaró el alcalde—. Hay que indagar en Madrid, buscar el domicilio social del fabricante y tirar del hilo hasta encontrar la madeja. ¿Comprendes? Necesitamos a un hombre en Madrid.

—¿Y pretendéis que sea yo?

—No tenemos otra opción —admitió el párroco, y le imploró—: Por caridad, Joaquín, por caridad.

—No sé... —vaciló, y jugueteó con la insignia entre los dedos—. Dejadme pensarlo y mañana os diré algo. ¿Satisfechos?

—Esperaremos tu respuesta —convino el alcalde—. Méditalo y cuando tomes una decisión habla con el padre Jovellanos. Y ahora a dormir, que se ha hecho tarde —concluyó, y dio por terminada la reunión.

Abandonaron uno a uno el consistorio y al llegar a la calle se desperdigaron en dirección a sus casas. El aire frío so-

plaba fuerte y la ventisca se había convertido en una copiosa nevada que amenazaba con sitiarse el pueblo. El párroco caminaba despacio, con miedo a encontrar una lasca de hielo. Joaquín le tendió la mano.

—Apóyese en mí, padre —le ofreció—, no vaya a resbalar.

—Gracias, hijo —aceptó, y se colgó de su brazo—. Sé que eres ateo, que nunca vas a misa, que no has comulgado desde el día de tu primera comunión, pero no importa porque también sé que tienes un corazón tan grande que no cabe en tu pecho, y a los ojos del Señor es lo único que cuenta. —Detuvo su lento caminar un segundo para preguntarle—: ¿Sabes qué dijo Lewis Carrol? —Joaquín negó con la cabeza—. «Dios está en el corazón de los hombres». ¿Qué te parece? A los ojos de Dios sólo vale la bondad del corazón.

—Lo tendré en cuenta, padre —dijo Joaquín, y subrayó—: *Alicia en el país de las maravillas* me parece una obra maestra del cine de animación.

El cura cabeceó, reemprendió su paso vacilante y se perdieron en las tinieblas de la noche como dos estatuas de hielo. Las farolas mostraban tupidas cortinas de copos blancos que impedían proyectar la luz más allá de unos metros, y el ulular del viento se convertía en un lamento de la naturaleza. Joaquín miró preocupado el cielo. Al día siguiente los vecinos tendrían que emplearse a fondo para limpiar las calles y las techumbres, para evitar que las cañerías y conducciones de agua reventaran a causa de las bajas temperaturas, que rondaban los quince grados bajo cero.